

# El “pibe chorro” y su escena delictiva\*

Genaro Velarde Bernal

*¡Dichoso el niño cuya madre es al menos consistente!*  
Winnicott, 1966

## Introducción

En las siguientes páginas me propongo exponer algunas reflexiones acerca de la problemática de la delincuencia juvenil, específicamente la que llevan a cabo quienes son estigmatizados con el mote de “pibes chorros”. Pienso que cualquier acercamiento teórico-conceptual, pero sobre todo clínico, a la problemática delincriminal obliga a la detenida consideración de los vínculos tempranos, los procesos de narcisización y de construcción identitaria en la adolescencia, además de los -muchas veces olvidados- contextos socioculturales.

Hablar de “la delincuencia” es simplificar un amplio y complejo campo en el que encontramos las más diversas modalidades, motivaciones, fantasías, contextos, etc. Es por esto que me resulta más adecuada la referencia a “las delincuencias”.

---

\* Revisión del trabajo presentado en el Departamento de Niñez y Adolescencia de APdeBA, el día 8 de noviembre de 2017 y en el XXXIV Encuentro Interregional de Psicoanálisis de Niños y Adolescentes de FEPAL, el día 2 de junio de 2018.

El presente escrito surge de la necesidad de pensar un aspecto reiterativo con el que me encuentro en mi experiencia clínica en un marco institucional, con adolescentes que acuden a tratamiento por consumo problemático de sustancias, en contextos de vulnerabilidad psicosocial, es decir, con jóvenes que viven en las denominadas “villas miseria” o “barrios de emergencia”.

“Elucidación”, para Castoriadis es “el trabajo por el cual los hombres intentan pensar lo que hacen y saber lo que piensan” (Castoriadis, 1989, p. 30). En primer lugar, un ejercicio como el que propone Castoriadis -en el marco de mi actividad clínica- es necesario para evitar el acto reflejo de acudir inmediatamente a las categorías nosográficas de “sociopatía” o “psicopatía”, que muchas veces obturan el pensamiento psicoanalítico. En segundo lugar, me permite tomar la distancia necesaria, poner entre paréntesis los propios prejuicios - peligrosos por silenciosos-, para luego acercarme e intentar comprender y empatizar con la experiencia subjetiva (que no es sólo individual, sino sociocultural) de quienes ya se encuentran signados por la nosografía, ya no psiquiátrica, sino social, de “pibes chorros”.

### **Algunas consideraciones generales**

La delincuencia juvenil, en cualquiera de sus versiones, constituye una problemática difícil de abordar. Sin embargo, el tipo de delincuencia juvenil al que deseo referirme obliga a considerar ciertas características que, a mi parecer, la configuran como una problemática altamente compleja, donde interactúan factores psicológicos, sociales, económicos y culturales.

Pienso que nosotros, psicoanalistas, tenemos la obligación ética de ir un paso más allá del natural reclamo ciudadano de justicia por el delito cometido por el denominado “pibe chorro”, ya que detrás de todo “pibe chorro” o delincuente juvenil en situación de vulnerabilidad psicosocial hay un sujeto que sufre psíquica y socialmente. En este sentido, coincido con Marcelo Viñar cuando sostiene que “el acto antisocial no es la esencia ni el cogollo del sujeto marginado,

sino el síntoma o *la culminación de una historia de penurias (...)*” (Viñar, 2000, p. 321).

Si bien, distintas disciplinas (vale mencionar a la Antropología en su dimensión etnográfica, la Sociología y la Psicología Comunitaria) han desarrollado interesantes y, sobre todo, útiles aportes que facilitan la comprensión e intervención en contextos de exclusión y marginalidad, quiero revalorizar el potencial de intervención que el dispositivo e instrumentos psicoanalíticos tienen para el trabajo con poblaciones marginadas -marginadas, no marginales-, cuestión que había preocupado a Freud en distintas oportunidades cuando se preguntaba por los alcances del abordaje psicoanalítico en las masas populares (1913, 1919).

En el marco de la multidisciplina la singularidad de la mirada psicoanalítica (con su conocimiento en los avatares de la constitución subjetiva; con su interés por la exploración del mundo interno; con lo inconsciente, el deseo, la sexualidad infantil y la transferencia, como coordenadas que orientan la clínica, etc.), resulta invaluable en contextos donde proliferan las problemáticas del acto y los espacios para pensarse a uno mismo y el recurso a la palabra no abundan.

Cuando tomo distancia de las sesiones con mis pacientes, e intento pensarlos, pensarme y pensar un abordaje psicoanalítico en este contexto, tomo como punto de partida la idea winnicottiana de que la tendencia antisocial y la delincuencia son signos de esperanza.

La noción de “tendencia antisocial”, deriva de las experiencias de Winnicott con chicos separados de sus hogares durante la Segunda Guerra Mundial, a quienes llamó “niños deprivados”. Ya en la temprana época de 1939, Winnicott sostiene que “la evacuación de niños pequeños sin sus respectivas madres puede ocasionar muy graves y generalizados trastornos psicológicos. Por ejemplo, puede provocar un gran aumento de la delincuencia juvenil en la próxima década” (Winnicott, 1984, p. 26).

Si bien, la experiencia de los chicos que han crecido en condiciones de exclusión y marginalidad social dista mucho en lo concreto de los niños separados de sus hogares durante la guerra, creo que hay

un punto en el que ambas experiencias resuenan, me refiero a la ausencia de lo que Winnicott llamaba “experiencias hogareñas primarias”<sup>1</sup>.

Es muy común encontrarme con pacientes cuyas historias están cifradas por abusos sexuales infantiles; por padres y madres adictos o encarcelados; por familias disfuncionales donde reina la violencia; por familiares que venden sustancias ilícitas; por familiares o amigos muertos en situaciones de violencia callejera o enfrentamientos con las fuerzas policíacas; por madres que se prostituyen. Veo a adolescentes que han crecido en contextos de hacinamiento, con problemáticas alimentarias, de salud y salubridad; en hogares donde, muchas veces, la educación formal no constituye una prioridad; adolescentes que, en este contexto, son padres o madres. Incluso, he tenido la oportunidad de trabajar con adolescentes que se encuentran viviendo en situación de calle, quienes ponen en marcha las más creativas estrategias de sobrevivida.

Muchos de estos adolescentes, no sólo han sido privados de las condiciones materiales que aseguran el desarrollo y la salud física, sino también de las condiciones ambientales que favorecen un adecuado desarrollo emocional; de un medio que se ofrezca como ámbito donde se desplieguen adecuadamente los procesos de subjetivación<sup>2</sup>; en suma, fueron privados de las bondades que ofrece un ambiente consistente. Algunos, con groseras experiencias de desamparo; otros, con sutiles pero sistemáticas experiencias de abandono cotidiano. En este mismo sentido sostiene Viñar: “Son niños fuera de la ley, pero no por las leyes que hayan podido infringir, no por las conductas delictivas y aberrantes que hayan podido cometer, sino porque con ellos no se ha podido cumplir el mandato de que para humanizar al pichón de humano se requiere un largo trayecto donde

---

<sup>1</sup> Sabemos que dichas carencias no son monopolio de la vida en situaciones bélicas ni de los estratos sociales menos favorecidos.

<sup>2</sup> Empleo la noción de “procesos de subjetivación” en la forma más amplia posible; es decir, abarcando toda experiencia (individual, vincular, social o cultural) que constituye subjetividad, desde los más prístinos procesos de narcisización hasta los procesos de construcción identitaria que observamos en la adolescencia y se extienden a lo largo de la vida.

se inscriba en una cultura y un linaje que proveen la trama identificatoria que lo habilita a pensar y actuar como humano, donde organice su conciencia moral, que se sostiene en una leyenda de lealtades y pertenencias” (Viñar, 2000, p. 318).

Winnicott sostiene que el delincuente busca algo distinto de aquello que roba; en su decir, aquello que busca puede ser la madre, el padre, un marco consistente que lo contenga o la recuperación de alguna provisión ambiental perdida en la primera infancia. Si bien estas ideas me resultan sumamente útiles para hacer y pensar la clínica con sujetos que delinquen, pienso que en los contextos de pobreza, de exclusión y marginalidad sociocultural debemos de ser precavidos y no caer en la tentación de reducir el acto delictivo a la sola experiencia subjetiva; es decir, la tentativa es la de evitar psicologizar la delincuencia que nos llevaría a desmentir la realidad material y contextual en la que vive el sujeto, ya que proceder de esta forma sería reproducir en el consultorio la violencia social e institucional de la que ya son objeto cotidianamente. No es “criminalizar la pobreza”, tampoco es “psicologizar la delincuencia”, sino intentar acercarse a la problemática desde la perspectiva de la complejidad: con un pensamiento integrativo, antireduccionista y multidimensional (Morin, 2009, p. 22-23), donde el Psicoanálisis se destaque, ante todo, por la singularidad y riqueza de sus aportes e intervenciones.

Una breve digresión:

La noción de “privación” no es gratuita en estos contextos sociales. En *El porvenir de una ilusión*, Freud reflexiona sobre las manifestaciones de hostilidad a la Cultura, en cuya base encuentra estados de privación generalizados. Sin embargo, en las clases más desfavorecidas, nos dice, hay un “plus de privación” debido a la distancia existente entre los sujetos y los ideales que la misma Cultura impone. La satisfacción de los ideales culturales es del orden del narcisismo y es, nos dice Freud, “uno de los poderes que contrarrestan con éxito la hostilidad a la cultura dentro de cada uno de sus círculos” (Freud, 1927, p. 13).

El abordaje clínico del denominado “pibe chorro” no puede dejar de lado la consideración de este aspecto psíquico, social y cultural;

de este malestar derivado del “plus de privación”, de la hiancia en la satisfacción de los ideales culturales, muchas veces latente, otras no tanto, pero siempre presente.

Retomando:

En este sentido, pienso que en contextos de vulnerabilidad psicosocial, de marginalidad y pobreza extrema, el acto delictivo tiene que ser pensado y abordado desde un paradigma integral (que trasciende el ámbito del consultorio), en el que las intervenciones apunten a modificar tanto realidades materiales (condiciones de vida), vinculares, familiares y psíquicas. Me refiero, por supuesto, al trabajo interdisciplinario; pero también a la aventura del psicoanalista interviniendo por fuera de las fronteras del consultorio.

Los actos delictivos a los que me refiero son síntomas individuales, pero también sociales y culturales; es lo que Freud nos enseñó a lo largo de su extensa obra: lo psíquico trasciende lo individual, es social y es cultural.

En el acto delictivo convergen autoconservación y erotismo. En los contextos de marginalidad, de vulnerabilidad psicosocial, el delincuente intenta resolver conscientemente algo de su pobreza material y a la vez, de forma inconsciente, de su pobreza afectiva, experiencial, simbólica. En este sentido, resulta más preciso hablar, como sostiene Winnicott, ya no de tendencias antisociales, sino de defensas antisociales organizadas, debido a que estos actos delictivos se encuentran atravesados también por un incierto número de “beneficios secundarios y reacciones sociales que dificultan su investigación a fondo (...)” (Winnicott, 1984, pág. 144).

En el marco de la intervención interdisciplinaria e interinstitucional con los adolescentes que ya he descrito, es tarea del analista rescatar ese elemento pulsional, creativo, inconsciente, que el delincuente juvenil pone en juego y que muchas veces queda velado tras el juicio moral por el acto delictivo; pero rescatar este aspecto no sólo con la finalidad de que el sujeto amplíe el conocimiento de sí mismo, de sus motivaciones inconscientes, de su malestar, o que amplíe su espesor psíquico y su empobrecido repertorio emocional, sino, además, con el objetivo más amplio de que el dispositivo y la

experiencia psicoanalítica lo acompañen en el camino hacia la reintegración social, porque en esta población el síntoma es un complejo entramado psicosocial que los estigmatiza y los remarginaliza socialmente.

### **Esbozo clínico**

“M”, de 16 años de edad, es derivado a la Institución tras una serie de situaciones escolares relacionadas con conductas violentas y uso de drogas. El hecho concreto que motiva la derivación fue el haber encendido un cigarrillo de marihuana dentro del aula de clases. Dado que lo anterior constituye una infracción grave en el contexto escolar, le ofrecen la opción de continuar en el colegio a condición de iniciar un tratamiento por consumo problemático de sustancias, situación muy común no sólo en el ámbito escolar, sino también en el área legal, cuando el menor ha cometido algún acto delictivo.

Cabe mencionar que el hecho de que la demanda explícita de tratamiento provenga de un Otro escolar o de un Otro judicial, ya configura, de alguna manera, las dificultades iniciales que se van a presentar en los tratamientos. De cualquier forma, más allá de la transgresión misma, es posible pensar lo grosero del hecho como una interpelación por parte de “M” hacia un Otro.

“M” -cuyo apodo hace alusión a quien mata por encargo- vive en una de las villas ubicadas al suroeste de la Capital Federal. Vive con su madre, alcohólica, y su hermano menor, con policonsumo de sustancias. “M” también tiene policonsumo de sustancias: psicofármacos mezclados con alcohol, marihuana y cocaína, siendo esta última la sustancia de su preferencia.

Crece en el seno de esta familia uniparental, fragmentada por el temprano abandono de un padre que ya tenía familia al momento de conocer a la madre de “M”, a quien abandona cuando ella confirma el embarazo, desconociendo a “M” como su hijo. Tras esta situación, la madre cae en un periodo depresivo y se inicia en un consumo sistemático de alcohol, agudizado después del parto.

En sus primeros años, dado que su madre no se encontraba en condiciones de ejercer su función, “M” pasaba unos días en casa de una tía, a cuyo esposo llama “papá” (con consumo de alcohol problemático), y otros días con su madre. De su primera infancia “M” recuerda que muchas veces “mi mamá me dejaba sin comer porque se ponía a tomar” o que “cuando ella no quería dar la cara me mandada a comprar cerveza al kiosko”. Recuerda también que su madre organizaba continuas fiestas en casa, donde las drogas, el alcohol y los hombres eran moneda corriente. Esto mismo lo confirma la madre en entrevistas realizadas con ella.

Hasta sus 16 años no había tenido relación con el padre, sólo sabía que vivía en alguna ciudad de la Provincia de Buenos Aires con su familia y que no lo reconoció como hijo aduciendo que podía ser hijo de cualquier otro hombre.

En relación a sus actividades delictivas, “M” cuenta que empezó a robar desde chico: **“cuando iba al primario ya hacía travesuras, les robaba las cosas a mis compañeros, lápices, juguetes...y cuando volvía a casa con esas cosas mi mamá no me decía nada, sólo se reía”**. Luego, a los 8 o 9 años, estos actos trascendieron el ámbito escolar, y con su hermano robaban caramelos en los kioscos o frutas en la verdulería. Al momento de su tratamiento, “M” seguía haciendo sus “travesuras”, pero ahora a los transeúntes o en los negocios comerciales, con arma de fuego y conductas violentas. Parte del botín que resulta de los robos lo entregaba a la madre en colaboración para la subsistencia familiar, el resto lo empleaba para comprar drogas, para salir al cine o a comer y comprar ropa y accesorios de moda.

## **La escena delictiva y su cualidad subjetivante**

No es mi intención hacer un recuento detallado del caso clínico de “M”, ante todo porque no cuento con los elementos para presentarlo de esa forma, ya que su tratamiento tuvo una duración de pocos



meses, antes de que decidiera su internación en un centro para la recuperación de las adicciones. Sólo deseo detenerme en algunas coordenadas ofrecidas por él mismo, que, pienso, permiten acercarnos y comprender algo de su experiencia subjetiva relacionada con los actos delictivos.

Uno de los aspectos significativos relacionados con la actividad delictiva de “M” es el hecho de que dichos actos los llevaba a cabo, exclusivamente, en situaciones grupales, nunca en soledad. Sobre “los chorros”, como él llamaba al grupo con quienes salía “a laburar” (distinto de “los tranzas”, quienes eran despreciados fervientemente), decía “M”, “hay compañerismo, te dan consejos, tienen códigos, encontrás cariño con ellos”. Cariño, consejos, códigos, compañerismo, aspectos que enriquecen sobremanera su empobrecido mundo familiar e interno, y el de cualquier persona.

Es por esto que Santiago Ramírez, cuando analiza la desarticulación familiar en las clases urbanas pobres, encuentra en la dinámica de la pandilla “una estructura encomiable y digna de ser imitada por la familia y la sociedad que acusan”. Y sigue: “La pandilla no es patológica en su estructura sino en la utilización antisocial que de ella se hace. En la pandilla hay un líder que impone un sistema **consistente** de valores y reglas. En ella, el adolescente adquiere identidad; se siente aceptado cuando realiza tal o cual sistema de principios y éstos son consistentes, a diferencia de los deleznable, artificiosos y en ocasiones confusos aportados por el hogar” (Ramírez, 1975, p. 95).

Si hago mención del elemento “pandilla” como factor socializante es porque no es una constante en todos los actos delictivos. Por el contrario, hay quienes llevan a cabo el delito en forma exclusivamente individual y por fuera de toda grupalidad, el cual, en mi experiencia, se encuentra más cercano al robo compulsivo y su abordaje psicoterapéutico es más difícil. Existen también quienes delinquen sólo cuando se encuentran bajo los efectos de alguna sustancia (pasta

base o psicofármacos mezclados con alcohol, generalmente); otros, sólo estando “careta” (sin consumo), éste último es el caso de “M”.<sup>3</sup>

En otras palabras, pienso que la escena delictiva que se lleva a cabo en contexto de grupalidad (la pandilla o “la junta”) es, como otras grupalidades en otros contextos socioculturales, un espacio donde se trama algo de la subjetivación (Rodulfo, 2013).

En el caso de “M”, gran parte de los actos delictivos eran programados con antelación. El “qué”, el “quiénes”, el “dónde” y el “cómo” encontraban respuestas fuera de las sesiones, con “los chorros”, como él les llamaba. El “por qué” y el “para qué”, posteriores al delito, eran las puertas que abrían la posibilidad del trabajo psíquico elaborativo y se intentaban responder en su espacio terapéutico, otro espacio subjetivante, pero alejado de los riesgos que implican la delincuencia.

Vale mencionar que “M” contaba con los recursos emocionales y cognitivos que hacían de la tarea terapéutica una actividad lúdica, fluida y placentera, espacio que él mismo buscaba. Llegamos a trabajar en un encuadre con una frecuencia de dos sesiones semanales, solicitando una tercera sesión cuando se registraba desbordado por sus problemáticas emocionales y familiares. Esta posibilidad formaba parte del encuadre inicial.

Otra de las coordenadas ofrecidas, que considero esencial porque se encuentra en la base de la experiencia subjetiva y suma a la configuración de la escena delictiva como una escena -paradójicamente- afectiva, narcisizante, es la que se refiere a ese “algo más” que, a mi parecer, “M” buscaba y encontraba: la mirada, el reconocimiento, la admiración del Otro.

En una sesión “M” cuenta que una de las motivaciones para salir a robar es **la adrenalina** que sentía derivada de los riesgos que corre en las situaciones de robo, idea bastante común entre los jóvenes que delinquen. Inmediatamente asocia estas situaciones con la imagen de “un actor en el teatro, que tiene miedo de salir a escena, pero igual

---

<sup>3</sup> Este dato no es trivial, ya que pone en entredicho la idea generalizada que propone una necesaria asociación entre “delincuencia” y “adicción”, sumando a la falaz criminalización de los sujetos con problemáticas de consumo de sustancias.

sale y hay espectadores también y hay público que lo ve, pero al final todo sale bien”.

Esta asociación de “M” recuerda al cuento de Borges (1960) titulado *Everything and Nothing*, en el que el protagonista (Shakespeare) encuentra en la actividad teatral y el espacio escénico dos ámbitos subjetivantes. Resumo muy brevemente el cuento usando las palabras del autor:

“Nadie hubo en él; detrás de su rostro (...) y de sus palabras, que eran copiosas, fantásticas y agitadas, no había más que un poco de frío, un sueño no soñado por alguien (...) A los veinticinco años fue a Londres. **Instintivamente, ya se había adiestrado en el hábito de simular que era alguien, para que no se descubriera su condición de nadie;** en Londres encontró la profesión a la que estaba predestinado, la del actor, **que en un escenario, juega a ser otro, ante un concurso de personas que juegan a tomarlo por aquel otro. Las tareas histriónicas le enseñaron una felicidad singular, acaso la primera que conoció;** pero aclamado el último verso y retirado de la escena el último muerto, el odiado sabor de la irrealidad recaía sobre él (...) A veces, dejó en algún recodo de la obra una confesión, seguro de que no la descifrarían (...)” (p. 803)<sup>4</sup>.

Si ya el proceso adolescente en sí mismo pone de relieve la dimensión narcisista, pienso que la delincuencia juvenil y, en particular, los actos delictivos de “M” se inscriben también en el plano de la problemática del narcisismo, en donde la subjetivación por la mirada del otro significativo es crucial, en donde *ser un sueño soñado por alguien* es estructurante.

En primer lugar, pienso en la noción de mirada creadora de Winnicott (1971), en tanto mirada de intercambio con el otro: mirada que sostiene, mirada que significa, que socializa, que narcisiza, en suma, mirada que produce experiencia, sentimiento de identidad y de existencia. Esta mirada es estructurante y, a mi parecer, el júbilo que produce esta experiencia es traducida por el sujeto como “sensación de adrenalina”.

---

<sup>4</sup> El resaltado es mío.

En segundo lugar, Hugo Bleichmar nos dice que “con el narcisismo...todo está en el orden de la significación, de lo que algo es para la mirada del que puede otorgar reconocimiento con su admiración” (Bleichmar, 1983, p. 39). Si bien esta mirada es también estructurante, la tónica se encuentra en la adjudicación de significados desde el otro significativo al yo (representaciones narcisistas del yo) y de la organización de la experiencia referida a dichos enunciados. Es el narcisismo en que resuenan la sombra hablada y los enunciados identificantes de Piera Aulagnier (1977-78).

De esta forma, el narcisismo se construye y reconstruye en el marco de la experiencia intersubjetiva. La mirada, el reconocimiento y la admiración no sólo son capaces de estructurar las bases de un psiquismo, sino de aportar parte del material con el cual el sujeto construye su identidad y de revestir ciertas actividades o funciones por el placer narcisista que produce, por el júbilo de “sentirse siendo”.

Para “M”, por un lado, es la mirada de su par, que en el contexto de la pandilla, lo subjetiva, lo reconoce como un otro valioso, digno del grupo por su valentía y merecedor de la consistencia de códigos y afectos que le ofrece; es el sujeto narrándose dentro de una escena, delictiva, sí, pero escena a fin de cuentas. Es la problemática del “ser”, del sentimiento de continuidad, netamente adolescente, pero agudizada y problematizada en otro nivel debido a los avatares de la propia experiencia de vida, de las carencias en la constitución subjetiva y de los recursos psíquicos y ambientales con los que cuenta el sujeto.

Por otro lado, es la mirada de su madre, quien felizmente acepta (como siempre lo hizo) la ofrenda del delito, retirando finalmente la mirada de su propio regocijo narcisista y posándola (aunque sea por un breve lapso de tiempo y con una sonrisa) sobre aquel que, penosamente y a cualquier precio, la busca. Es el acto delictivo en una doble función subjetivante, narcisizante: la que se da en “la escena misma” con su grupo de pares y la que está prometida cuando vuelva a casa. Ser “chorro” configurando una experiencia del Ser.

“M”, así como el actor de teatro, participa de una experiencia en la que hay un libreto escrito (la escena delictiva), pero en el curso de la escena podrán surgir cosas que exceden lo premeditado; en todo momento, se expone a una experiencia de incertidumbre y miedo; pero eso no lo detiene, porque si atraviesa la experiencia y si, como él dice, “al final todo sale bien”, se va a encontrar con esas miradas que lo harán sentir existente, reconocido, y por qué no, imaginariamente amado.

## **Reflexiones finales**

Pienso que muchos actos delictivos constituyen escenas complejas del orden de lo ficcional y de lo paradójal.

Es ficcional porque ahí donde el sujeto crea la escena, participa de ella y se relata a sí mismo dentro de ella, está también creando algo de sí mismo, se está creando a sí mismo, se está subjetivando.

Cuando escucho los relatos de mis pacientes, muchas veces extraordinarios, no puedo dejar de pensar en la “clínica de la hazaña o del héroe” a la que hace referencia Philippe Gutton (Gutton, 2017, pág. 34), pero no sólo para recordar que de esta forma el sujeto adolescente resuelve un “impasse identificatorio”, sino para pensar la dimensión creativa de la transgresión; para pensar “la hazaña”, el acto delictivo como un recurso creativo, novelado, *poiético*, en el que el adolescente que delinque puede, aunque sea, narrarse de alguna forma; encontrarse y sentirse “siendo”, ante otros significativos y ante sí mismo.

Es, también, una escena paradójal porque ahí donde observamos el acto delictivo, muchas veces manifiestamente agresivo<sup>5</sup>, se están desplegando, al mismo tiempo, procesos eróticos donde el sujeto se subjetiva, se narcisiza.

---

<sup>5</sup> Acá es importante la distinción conceptual entre agresión y violencia. Remito al lector al texto de Asbed Aryan titulado “Violencia y agresividad en la adolescencia...” (2017), que se encuentra en la bibliografía.

Pienso que los actos delictivos de los denominados “pibes chorros” deben ser considerados en su plena singularidad, como cualquier acto psíquico. Los psicoanalistas contamos con los instrumentos teóricos y técnicos que nos permiten la comprensión y el abordaje de los fenómenos que se producen en contextos de vulnerabilidad psicosocial. Si cumplimos nuestra función como profesionales de la salud mental, si logramos poner entre paréntesis nuestros propios prejuicios, vamos a encontrarnos con que el “pibe chorro” es un adolescente que sufre psíquicamente y socialmente.

Si la escena delictiva es un espacio subjetivante, narcisizante, entonces es de un gran interés para el psicoanálisis y los psicoanalistas que trabajamos con esta población y, por lo mismo, merecería una atenta y minuciosa investigación de nuestra parte.



**Resumen:** Tomando como eje su experiencia clínica en contextos de vulnerabilidad psicosocial con los denominados “pibes chorros”, el autor propone un acercamiento y comprensión de la problemática de la delincuencia juvenil con los instrumentos psicoanalíticos, sin perder de vista la -muchas veces olvidada- dimensión sociocultural.

La perspectiva paradójica del acto delictivo permite al autor rescatarlo en su dimensión más erótica y creativa. En franca continuidad con las ideas de Winnicott, se piensa al acto delictivo como una escena con características subjetivantes y narcisizantes, donde la grupalidad y la mirada y reconocimiento del Otro son factores estructurantes y configuran una experiencia del “Ser”.

**Descriptor:** Adolescencia, Delincuencia Juvenil, Narcisismo, Subjetivación, Creatividad.

*The "pibe chorro" and his criminal scene*

**Summary:** Taking as an axis his clinical experience in contexts of psychosocial vulnerability with the so-called "pibes chorros", the author proposes an approach

and understanding of the problem of juvenile delinquency with psychoanalytic instruments, without losing sight of the -often forgotten- socio-cultural dimension. The paradoxical perspective of the criminal act allows the author to rescue it in its most erotic and creative dimension. In frank continuity with Winnicott's ideas, the criminal act is thought of as a scene with subjective and narcissistic characteristics, where the group and the look and recognition of the Other are structuring factors and configure an experience of "Being".

**Descriptors:** Adolescence, Juvenile Delinquency, Narcissism, Subjectivation, Creativity.

*O "pibe chorro" e sua cena criminal*

**Resumo:** Tomando como eixo a sua experiência clínica em contextos de vulnerabilidade psicossocial com os chamados "pibes chorros", o autor propõe uma abordagem e compreensão do problema da delinquência juvenil com instrumentos psicanalíticos, sem perder de vista a dimensão sócio-cultural esquecida. A perspectiva paradoxal do ato criminoso permite ao autor resgatá-lo em sua dimensão mais erótica e criativa. Em franca continuidade com as idéias de Winnicott, o ato criminoso é pensado como uma cena com características subjetivas e narcísicas, onde o grupo e o olhar e reconhecimento do Outro são fatores estruturantes e configuram uma experiência de "Ser".

**Descritores:** Adolescência, Delinquência Juvenil, Narcisismo, Subjetivação, Criatividade.

**Genaro Velarde Bernal:** Lic. en Psicología por la Universidad del Valle de México (reválida Universidad Nac. de La Plata). Especialista en Psicoanálisis y tesista de la Maestría en Cultura y Salud Mental del IUSAM de APdeBA. Miembro de la Asociación Psicoanalítica Internacional y de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Experiencia clínica en el ámbito institucional con adolescentes con consumo problemático de sustancias en situación de vulnerabilidad psicossocial y en consultorio privado.

## Referencias

Aryan, A. & Moguillansky, C. (2009). *Clínica de adolescentes*. Buenos Aires: Te-seo.

- Aulagnier, P. (1977-78). *Los destinos del placer*. Buenos Aires: Paidós.
- Aryan, A. (2017). Violencia y agresividad en la adolescencia. Notas sobre metapsicología y psicopatología de la violencia. *Psicoanálisis*, 39 (1/2), 29-43.
- Basaglia, F. (2000). *La condena de ser loco y pobre: alternativas al manicomio*. Buenos Aires: Topía.
- Bleichmar, H. (1983). *El narcisismo. Estudio sobre la enunciación y la gramática inconsciente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Borges, J.L. (1974). *El Hacedor*. En Obras Completas de Jorge Luis Borges (pp. 778-854). Buenos Aires: Emecé. (Publicado originalmente en 1960)
- Castoriadis, C. (1989). La institución imaginaria de la sociedad. En Eduardo Colombo *El Imaginario Social*. Montevideo: Nordán.
- Corbella, V. (2012). El jugar con adultos: entre la acción y la simbolización en el proceso terapéutico. En *Psicoanálisis*, 34 (3), 485-509.
- Freud, S. (2007). *Algunos tipos de carácter dilucidado por el trabajo psicoanalítico*. En J. L. Etcheverry (Traduc.), Obras completas: Sigmund Freud (Vol. 14, pp. 314-339). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1916)
- Freud, S. (1988). *El porvenir de una ilusión*. En J. L. Etcheverry (Traduc.), Obras completas: Sigmund Freud (Vol. 21, pp. 2-55). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1927).
- Galende, E. (2008). Desmanicomialización institucional y subjetiva. En *Psicoanálisis*, 30 (2/3), 395-427.
- Gutton, P. (2017). Breve ensayo para pensar la transgresión adolescente. En *Controversias en Psicoanálisis en Niños y Adolescentes*, Vol. 20. Recuperado el 2 de octubre de 2017, de <http://www.controversiasonline.org.ar/wp-content/uploads/2017/07/5.-GUTTON-ESP.pdf>
- Morin, E. (2009). *Introducción al pensamiento complejo*. España: Gedisa.
- Killingmo, B. (1989). Conflicto y déficit: implicancias para la técnica. En *Libro Anual de Psicoanálisis* (pp. 111-126). Londres-Lima: Imago.
- Mannoni, O. (1984). ¿Es analizable la adolescencia? En *La Crisis de la Adolescencia*. Gedisa: España.
- Ramírez, S. (1975). *Infancia es destino*. México: Siglo XXI.
- Rodulfo, R. (2013). *Andamios del psicoanálisis: lenguaje vivo y lenguaje muerto en las teorías psicoanalíticas*. Buenos Aires: Paidós.
- Viñar, M. (2000). Los niños fuera de la ley. La violencia de la exclusión. En *Revista de Psicoanálisis* (Número Especial Internacional), Vol. 7, 317-330.
- Viñar, M. (2009). *Mundos Adolescentes y vértigo civilizatorio*. Montevideo: Trilce.
- Winnicott, D. W. (1971). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa.
- Winnicott, D. W. (1984). *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires: Paidós.